

1 FILMS de AMOR

EL INSTINTO DEL AMOR



Num.
249

Cms.
25

SIDNEY FOX • PAUL LUKAS

FILMS DE AMOR

EL IDEAL DE LOS AFICIONADOS

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:
VALENCIA, 234-APARTADO 707-BARCELONA

DEPOSITO GENERAL DE VENTA EN BARCELONA:
SOCIEDAD GRAL. ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
CALLE DE BARBARA, NUMEROS 14 Y 16

APARECE LOS JUEVES

AÑO VI

NÚM. 249

El instinto del amor

STRICTLY DISHONORABLE (1930)

Argumento de esta magnífica comedia interpretada por

SIDNEY FOX y PAUL LUKAS

Adaptación por C. G. SERRA

.....
EXCLUSIVAS UNIVERSAL

Hispano American Films, S. A.

Director General:

NORMAN J. CINNAMOND

Valencia, 233

Barcelona
.....

REPARTO:

Gus

PAUL LUKAS

Isabel

SIDNEY FOX

I

Aquella noche, Henry quiso obsequiar a su prometida. Después ella se arrepintió, porque Henry estaba más agresivo que nunca.

Ella hubo de quejarse. No era hora oportuna, porque su novio acababa de pelearse con un conductor de tranvía, pero le dijo:

— Cuando te conocí, no tenías ese genio. Fue tu amabilidad lo que me sedujo.

— Una cosa es enamorarse... y otra haber enamorado... — respondió él, añadiendo: — Así son las muchachas del sur! siempre sonando. El sol no es para hacer versos sino para que crezcan las espinacas.

— ¡Uf, espinacas! — dijo ella.

— ¡Yo haré que te gusten cuando nos casemos! — dijo él.

Sin embargo, en honor a la verdad, hay que decir que Henry aquella noche estaba amable y después de este amago de discusión

prometió a su novia llevarla a un bar, a tomar una copita de licor.

Había muchos bares en Nueva York; bares que como los topes se ocultan bajo tierra, a la sombra de la policía. Uno de ellos era el bar de Tomasso, el gran italiano que desde la prohibición se había amasado una regular fortuna vendiendo licores de la peor calidad. A última hora había ampliado el establecimiento tomando toda la casa e instalando una casa de solteros, en la que vivían, entre otros, el gran juez Harrison y el eminente divo Carruffa, el ídolo de Tomasso.

Aquella noche, precisamente, se hallaba en el bar el juez tomando un ponche, cuando llegaron Henry y su novia.

— No me gusta — dijo él parándose ante la puerta.

— ¿Tiene miedo? — exclamó Tomasso desde el otro lado del mostrador.

— ¿Miedo yo...? ¡Sentémonos! — dijo Henry agarrando del brazo a su novia y entrando dentro.

— Me engañaron. Esto es un cementerio — dijo dirigiendo una mirada en torno.

— A mí me gusta por lo quieto — opinó ella.

— ¡Mejor estaría en casa! — dijo él.

— Tú siempre estarías en tu casa... — comentó ella.

El juez no perdía de vista a los recién llegados. Le gustaba observar a la gente y sacar

deducciones por el modo de comportarse. Aquella pareja le dió la impresión de un matrimonio aburrido y cuando, momentos después, los vió enzarzados en una interminable disputa, pensó que se trataba de un matrimonio mal avenido. Como era su costumbre por inclinación de su carácter comunicativo, quiso tomar parte en la conversación, pero Henry le impidió con aspereza.

—Dígale a ese borrachón que no se acerque — le ordenó al camarero.

—Me alude a mí? — exclamó el juez irritado, pero a una mirada suplicante de la joven, se reprimió — Parece que el menos bebido aquí soy yo... y usted, señorita.

El juez saludó y se fué a la cocina "porque allí estaría más seguro".

Con motivo de este incidente, los novios reanudaron la discusión.

—Sientes lo que le dije al viejo, ¿no?

—Sí, es una falta de respeto. A veces eres demasiado...

—¿Demasiado qué?

—Nada.

—¿Demasiado qué? — insistió él, irritándose.

—Déjalo, hombre. No sé lo que iba a decir.

—No, no... Hagámos claro, antes de casarnos. ¿Tú sabes que yo soy franco?

—¿Demasiado franco? No puedo acostumbrarme a la franqueza del norte. Prefiero la



Brindaron por la nueva amistad.

cortesía del sur. Sin embargo, entre esto y tu pueblo, prefiero vivir aquí.

—Tú sabes como detesto Nueva York. Yo amo la vida higiénica, respirar.

—Aquí parece que también respiran.

—¡Gasolina! Yo he leído que en el campo se vive más años. Pero en fin: si quieres vivir aquí hazlo, pero no conmigo.

Iban ya a marcharse cuando el juez salió de la cocina y buscó conversación con Henry, a pesar de la escena de antes. El joven se hu-

manizó un poco y acabaron haciéndose amigos. Incluso llegó a explicarle que él y ella eran prometidos y que iban a casarse muy pronto.

Poco después llegó un nuevo caballero. Era un joven alto, de mirada viva e inteligente. Vestía de etiqueta, con impecable elegancia. La joven le miró entusiasmada, atraída por algo superior que había en él que lo cautivaba.

Por lo visto, el recién llegado tenía mucho ascendiente en la casa. Desde el dueño al último camarero, todos les hablaban con entusiasmo. El joven respondía a todos amablemente.

¡Qué diferencia entre aquel caballero amable, elegante y guapo con Harry, tan vulgar de cuerpo como de espíritu.

II

Aprovechando un momento en que Harry se hallaba jugándose los cuartos en un automático, el juez hizo la presentación del recién llegado.

—La señorita Isabelle Parry... una perla del sur, el conde di Ruvo — dijo el juez.

El conde se inclinó gentilmente y sonriendo, quejóse:

—No lo perdono no haberme presentado a su amiguita antes.

—Para que no me diga lo mismo respecto a él — respondió el juez — quiero presentarle a su prometido.

Todos rieron la broma, pero el prometido se hallaba embebido jugándose los cuartos.

—Propongo un brindis de amor — dijo el conde —. Celchremos la presencia de tan bella visitante.

Y luego, dirigiéndose a ella:

—¿Le gustó el champagne?

—Jamás lo probé — respondió Isabel ingenuamente.

—¡Jamás lo probé! — respondieron los dos hombres a un tiempo, sin comprenderlo.

En esto llamaron al conde al teléfono. Este, al oír la voz de la persona que le hablaba, hizo un gesto de malhumor y respondió:

—Ahora no; está un empresario. No vengas. Te llamaré luego.

Isabelle, en tanto, dirigía algunas miradas al desconocido.

—Yo creo que le conozco — le dijo al juez. — Es Caraffa, ¿no? el gran cantante.

—En efecto, señorita. Es el gran cantante italiano. ¿Usted le ha oído?

—Le he visto en tres óperas.

—¿Le gusta?

—¡Es soberbio!

Por fin él dejó el teléfono y volvió a reunirse con el juez y la joven.

Al cantante le había interesado ella profundamente. En Isabelle se concretaba su mujer soñada que había buscado en vano por las cinco partes del mundo. Isabelle, por su parte, admiraba a aquel hombre de voz extraordinaria que le había hecho sentir las más puras emociones. Cuando ella dijo que le había reconocido, él respondió:

—A los cantantes es mejor verlos de lejos... para conservar la ilusión.

En esto se presentó Henry y el juez le dijo:

—Te echábamos de menos, Henry.

En esto llamaron a la puerta. Era el guardia que venía a quejarse de que había un auto parado frente a la boca de riego. Henry salió

protestando a quitarlo de allí, pues era el suyo.

—Me lo figuraba a usted diferente — dijo Isabelle continuando la conversación con el conde—. Me creí que se daría más importancia.

—¿Es usted encantadora! ¿Bailamos un poco? — propuso él ofreciéndole el brazo.

—¡Juegan con dinamita! — exclamó el juez.

Mientras bailaban al son de la gramola, después que él la dijo unas cuantas galanterías, Isabelle preguntó:

—¿Quién es Lili, la muchacha que antes le llamó por teléfono? ¿Alguna prima dona?

—Es una prima mía... Veo que es usted muy observadora. ¿Era detective su papá?

—Papá no era nada. Tenía una plantación, allá en el sur...

Henry había arreglado el asunto con el policía y vino todo ufano.

—¡El policía quería asustarme para sacarme dinero! ¡Todo es corrupción aquí!

Pero su indignación no tuvo freno cuando por unas palabras del dueño de la casa se enteró de que su novia había bailado con el cantante. Se puso furioso y empezó a vomitar injurias. Dio un espectáculo y se puso tan idiota que Isabelle tuvo una impresión exacta del ridículo que corría.

—¡Vámonos, Isabelle! Acabas de portarte como una...

No acabó la frase, pero la injuria llegó al corazón de la joven, la cual, dispuesta a terminar de una vez para siempre, no quiso obedecerle. Esto exasperó más al irascible joven.

—Si no vienes, habremos acabado para siempre — dijo él amenazándole.

—Hablas así porque estoy sola y sin recursos. Pero no vengo: hemos acabado para siempre. Toma tu anillo. Vete con los tuyos, díles que soy indigna de ti y que prefiero fregar platos a casarme contigo.

El recogió el anillo y murmuró:

—Quédate con esos perdidos... como tú.

Estas fueron sus últimas palabras. El cantante iba a arrojarse sobre él, pero los demás le contuvieron. Isabelle no hizo el menor gesto para seguirle. Cuando al cabo quedaron solos, el cantante le dijo:

—Es culpa mía, señorita, pero no se aflija, todo se arreglará.

—Para mí todo está arreglado. Hace tiempo que no sabía lo que me pasaba y era que Henry y su familia se me habían indigestado.

—Mañana mismo, señorita, podrá regresar con sus padres. Esta noche puede pasarla aquí — propuso el conde.

Ella se encogió de hombros.

Llamaron a la puerta y el dueño vino minutos después diciendo que el policía se ha-

llaba a la puerta con el novio de la muchacha.

—Ustedes dos, váyanse a la cocina — dijo al cantante, y a la muchacha—. Usted, Tomás, haga pasar al policía: el otro que se quede fuera.

Minutos después entraba el guardia mirando a todas partes y a preguntas del juez dijo que le habían denunciado que allí se había secuestrado a una muchacha.

—¿Quién le ha dicho eso, el animal de las gafas?

Y sin dar importancia al asunto, el juez invitó al policía a tomar alguna cosa.

Bebieron ambos, en tanto que el juez iba contándole:

—Ese tipo es un idiota. De usted nos dijo que había empujado su coche hasta la boca de riego y luego trató de sacarle dinero.

—¿Eso dijo?

—Entonces ya no le creímos de nada, porque sabemos que usted es incapaz de eso.

—¡Ya verá usted ahora cuando salga! ¡Lo aseguro que esta noche duerme en el calabozo!

Y el guardia salió dispuesto a darle a Henry su merecido.

En tanto ocurría esta escena Isabelle y el conde permanecían escondidos en la cocina.

—Quédese aquí — decía el conde—. Quédese conmigo, se lo ruego. En mi sala hay un

buen diván, y usted podrá dormir perfectamente en mi cama.

Isabelle estaba indecisa.

Cuando fueron avisados por el juez de que podían salir, mientras el conde daba unos encargos al dueño, Isabelle explicó al juez la proposición que le había hecho el cantante.

—Pero usted no acepta, verdad? — dijo el juez.

—Sí, sí...

El juez se mordió los labios y poniéndose repentinamente serio, le dijo con frialdad.

—Entonces sólo cabe desearle una buena noche.

Y se marchó a su cuarto.

III

Todo un sueño le parecía a Isabelle la aventura de aquella noche. El conocimiento con el gran cantante Caraffa, su ruptura con Henry y con su vida anterior, era todo un sueño maravilloso, del que despertaría al día siguiente. Lo demás, todo lo que ocurriese aquella noche, también formaría parte de aquel sueño maravilloso.

Ella era tan apasionada, tan vehemente, tan peligrosamente vehemente con sus entusiasmos, que ante la admiración que le inspiraba aquel hombre estaba dispuesta a sacrificarlo todo, aunque después sabía que tendría que arrepentirse y llorarle toda la vida.

El conde di Ruvo la llevó a sus habitaciones, sumptuosas y confortables, donde no faltaba un solo detalle de esos que apetece al gusto y la comodidad. Isabelle estaba entusiasmada.

—¿Es usted irresistible! — le dijo él cuando estuvieron solos.

—¡Qué dulces son ciertas mentiras! — suspiró ella, y para variar de conversación le propuso que cantase algo.

—No me haga cantar, Isabelle. Ahora no

soy Caraffa. Ahora soy todo de usted. Caraffa pertenece a todo el mundo, a Tosca, a Mimi, a Manón... y yo sólo pertenezco en este momento a la personita que tengo delante. Deje que sea yo por una noche. Olvídense del cómico, esclavo de su público y deje que el hombre apasionado, adorador, se produzca tal cual es.

Unas voces del juez lo cortaron al discurso. El viejo, que ocupaba el cuarto superior, le llamaba por la ventana.

—¿Qué día es hoy?

—Domingo.

—¿Qué fecha, quiero decir?

—Día nueve.

—Gracias.

—Se propone estorbarme — dijo el cantante volviendo al lado de Isabelle.

—Es muy simpático — dijo ella.

—Y muy inoportuno. Entre él y Tomás me tienen fastidiado con sus consejos.

Minutos después se presentaba el juez en la habitación de Caraffa a contarle otro discurso.

—Esta noche es mi cumpleaños y vamos a celebrarlo — dijo alegremente.

—¿Aquí...? — dijo el cantante poniendo muy mala cara.

—El lugar es lo de menos. Quiero celebrarlo dignamente. Tom ya prepara el champán.



Explicó al juez la invitación del cantante.

Quando vino el criado con las botellas y las copas, dijo:

—El policía volvió. Busca a la señorita. Se figura que la señorita ha sido captada.

—¿Se me llevará? — preguntó ella asustada.

—No, mi vida. Si suba aquí, lo mato — dijo el cantante.

—¿Dónde está? — preguntó al juez.

—Rondando por el patio. Asómense a la ventana y lo verán — dijo Tomás.

Los tres se asomaron, y en efecto vieron en el patio un bulto que se movía de un lado para otro.

—¿Es aquello que parece un animal?—dijo el juez.

Mas en aquel momento oyeron a sus espaldas una tosecita. Se volvieron y era el policía que lo había oído todo.

—Soy el animal en persona. El sargento me mandó aquí a buscar a la muchacha raptada.

—¿Usted siempre trae de las muchachas!—dijo el juez.—¡Vaya un policía!

—Dien que la señorita está aquí a la fuerza — prosiguió el policía.

—¡Basta! Está usted abusando de mi paciencia! — exclamó el juez.— A ver, ¿dónde está esa muchacha que se halla aquí a la fuerza?

—Es la señorita — murmuró el policía perdiendo el aplomo.

—Ven aquí, hija mía — dijo el juez.— Enséñale los grillos y las cadenas aquí al caballero...

La cosa acabó en risas y el policía marchó convencido de que allí no había ninguna muchacha que estuviera a la fuerza.

Marchó Tomás con el policía. El conde pasó a una habitación a cambiarse de repa y mientras el juez preparaba la bebida, habló con la muchacha.



El cantante, se sentó a su lado.

—Le amo — dijo ella con entusiasmo.— Nunca había amado así.

—¿Y al otro...? — preguntó al juez.

—Jamás lo amé. El lo sabía, pero confiaba con el tiempo, como si el amor se aprendiera como se aprende a tocar el piano. El amor debe venir así: de golpe y porrazo.

—¿Cómo se prometió a Henry sin quererle!

—¡Era tan amable en mi casa...! Pero cuando me tuvo en la suya se creyó ser mi dueño... Ahora amo al conde. Cuando le vi

tan apuesto, tan guapo, me dije: "Este es tu ideal".

El juez se aproximó a Isabella y le cogió las manos.

— Esta noche irá a un hotel y mañana la mandaré a su casa. Corre usted un grave peligro, niña.

Ella se opuso.

— ¿Usted no sabe que él no se casaría con usted?

— Lo sé, pero le amo. Déjeme hacer lo que quiera de mí misma. Es mi ideal y quiero darme a él.

— ¡Eso es inmenso! Así se perdería usted para toda la vida.

Todo era inútil. Así lo comprendió al cabo el juez y acabó por encogerse de hombros.

— Me estoy metiendo en lo que no me importa. Pero dicen que así se acaba mal.

— Quizá cuando se acaba bien, no le dicen — agregó ella.

— Es posible... — exclamó él.

— ¿No vale más ser feliz un momento que nunca?

El juez se llevó las manos a la cabeza scandalizado y se marchó, murmurando:

— ¡Cómo está el mundo!

IV

Volvió el conde y preguntó por el juez.

— Se ha marchado.

— ¿De qué hablaron?

— De amor y felicidad. Quería que yo me marchase, pero yo me negué... ¿Hice mal, verdad?

— Probablemente...

— ¿Me prometa no hacerme el amor si me quedo? — preguntó ella con coquetería.

— Haré lo que usted quiera.

— Pues galantéeme.

Se echaron a reír. Ella preguntó:

— ¿Tiene un pijama para mí?

— Creo que debe haber uno.

— ¿Y zapatillas...?

— Mi hermana dejó unas...

Fué a buscar al armario y encontró algo de lo que la muchacha le pedía: entre una docena de pijamas halló uno de seda azul que le iría estupendamente.

— ¿Qué ve en este fco cantante? — preguntó el conde cuando se hallaron de nuevo sentados uno junto al otro.

—No es tan feo... — dijo ella con coquetería.

—¿Le gusta?

—Mucho.

—¿Por qué?

—No sé... Es algo que no puedo decir. Sólo al sentir el contacto de sus manos... en fin, no puedo decirlo con palabras:

—No se esfuerce — dijo él. — Las palabras no sirven para describir el amor...

—Y usted, ¿me cree bonita?

—Mucho más que bonita: adorable.

—¿Pues por qué se aleja de mí?

—Por que la quiero demasiado.

Habíase operado en el joven un cambio que expresaba perfectamente su última frase. Lo que al principio había empezado como una de tantas aventuras amorosas, la aventura de una noche que se olvida al día siguiente, iba a convertirse en uno de aquellos amores que renuncian a todos los placeres del momento porque han de ser el amor de una vida. Y así como las imágenes se adoran con pureza, de la misma manera se adora a la mujer que ha logrado adentrarse en nuestro corazón.

Así es que cuando el cantante comprendió que la vehemencia del momento impulsaba a Isabelle al mayor sacrificio, se impuso y quiso obrar como lo que era: como un caba-

lleró que no se permitiría nunca abusar de la inocencia.

—Nunca hice la estupidez que voy a cometer. Sé que me arrepentiré toda mi vida, pero es preferible esto a lo otro.

Y diciendo esto se levantó y se fué hacia su cuarto. Ella le vió marchar con extrañeza, sin saber a qué atribuir aquel cambio inesperado.

Poco después salió el cantante con unas ropas debajo del brazo.

—Voy a dormir con el juez. Fíjese bien en una cosa: mañana irá usted a su casa... para que la vigilem.

Diciendo esto se dirigió hacia la puerta. Ella se levantó y fué hacia él precipitadamente.

—¿Qué quieres?—dijo él con sequedad.

—¿No me besa? Uno solo...

El se inclinó y se dejó besar. Ella le pasó los brazos por el cuello y después de besarle se agarró a él y rompió a llorar.

Entonces el cantante la levantó en vilo y la condujo al diván donde la arrojó y después se marchó.

Al juez le extrañó la presencia del conde en su cuarto a aquella hora.

—¿Puedo dormir aquí?—preguntó el muchacho.

—Sí... ¿Qué pasó?

Nada...

—Dormiré en este sofá. Apague la luz y siga durmiendo, juez—dijo el cantante mientras se quitaba los pantalones.

—Buenas noches.

El conde trató de conciliar el sueño pero no pudo. Al cabo de un rato de dar vueltas se levantó y se fue a la ventana sentándose en el alfeizar.

—Que hermosa luna!—dijo contemplando el satélite de la noche que asomaba por entre unos tejados.

—¿Qué dice?—preguntó el juez despertando.

—Hablabla solo—dijo el cantante. No sabía que hubiera luna en Nueva York.

—Mejor será que se acueste—dijo el juez.

—No puedo dormir.

—Tomo una ducha fría—respondió el juez, cortando el diálogo.

Volvió éste a dormir. El conde siguió contemplando la luna como un joven enamorado y así permaneció largo rato. Después, inconscientemente, empezó a tararear el "Torna a Sorrento". Era una canción llena de nostalgia y de ternura que aplacaba algo en tormenta interior.

—¿Es esta hora de cantar?—dijo el juez incorporándose en la cama. No me deja usted dormir.

—Tiene usted razón. Perdona—dijo el cantante.

V

A la mañana siguiente, cuando Tomás entró en el cuarto de Caraffa con el desayuno "para dos personas" se encontró a Isabelle acostada en el diván, pero el conde no estaba.

Mientras tomaba el desayuno Isabelle interrogó al dueño de la pensión.

—¿Vienen muchas mujeres a ver al conde?

—Sí... algunas...

Minutos después se presentó el juez. Tomás ya se había marchado y ella aún permanecía en la cama.

—La felicito por su comportamiento. Lo sé todo—dijo él—. No me engañé con usted. Difícil será que un juez se engañe...

—Muy difícil—dijo ella.

—Ya me figuraba—prosiguió él—que usted lo mandaría a paseo. Yo distingo una mujer virtuosa... por los ojos.

—Veo que usted conoce las mujeres.

—Esta mañana fui a la estación a tomar billete para usted.

—¿Sabe él que usted me envía a casa?

—Sí, sí... El billete lo compré casi por él... Acéptelo como de ambos.

—No quiero irme. ¡No puedo! Ya se lo dije anoche.

—¿Qué piense hacer pues?

—Ya veremos.

Per más que el juez trató de disuadirla, ella no se dio por vencida. A última hora el juez subió a su cuarto para hablar con el cantante. Este ya se había levantado y estaba fuera de sí.

—¿No ha llegado ningún cable para mí?— preguntó, y ante un gesto negativo del juez, siguió hablando con vehemencia—. Feliciteme. Estoy enamorado. ¡Que grande es el amor! No podía dormir. Me levanté. Creí enloquecer. ¿Será hambre? ¿Será sed? pensé. ¡Era mi corazón traspasado por el dulce y cruel amor! Tomé el teléfono y puse este cable a mamá: "Completamente enamorado, muchacha bellísima, encantadora, adorable, exquisita, pura, inteligente, instruída..."

—A medio dólar la palabra...— dijo el juez.

—Sí, pero llamé con su teléfono. "Fiel dócil..." y le rogué que me cablegrafiara su permiso. Ya debiera estar aquí. Contando con que mamá se haya desmayado y dos horas de transmisión... Ahora voy a bajar y desfrúelo a ella.



Empezó a cantar «Toma a Sorrento»

Pero Isabelle, en aquel momento recibía el aviso de que Henry estaba abajo preguntando por ella.

—Déjela subir—ordenó a Tomás.

Henry llegó transformado, más suave que un guante; con bandera de paz.

—Anoche me parté indignamente—fueron sus primeras palabras.

—También yo.

—Fue la bebida. ¿Dormiste aquí? No está mal.

—Es del conde di Ruvo.

—¿Y él... dónde durmió?

—¿Y tú?

—Quiero saber dónde durmió él!

—Con el juez.

—Eso a mí no me consta!

—Créame o díjame de creer. Piensa como tú quieras, pero sigo tan pura como siempre.

—Buena, lo pasado, pasado... ¿Seguimos prometidos? ¡Contéstame!

—Sí...

—¿No me besas?

Ella le besó pero sus ojos se anegaron de llanto porque aquello significaba otra vez la esclavitud.

—¿Lloras?

—Sí... De felicidad...

En aquel momento se abrió la puerta y apareció el conde. Cuando vió a Henry el alma se le cayó a los pies.

—Perdonen—dijo haciendo ademán de retirarse.

—Pueda usted pasar—dijo Isabelle fríamente—. Henry: da las gracias a este caballero por su hospitalidad.

—Le agradezco las atenciones que ha dispensado a mi prometida y le pido perdón por lo de anoche. Fué el maldito alcohol. ¿Vamos Isabelle?

Iban a marcharse cuando el conde avanzó un paso y dijo a la joven:

—Quisiera hablarle un instante.

—Tengo prisa, pero, en fin...

—A solas—añadió el cantante.

Henry iba a protestar, pero ella le contrajo con un ademán:

—Se ha portado conmigo como no tienes idea. ¡Estoy bien segura con él! Espérame en el auto.

—Es que...—gruñó él.

—¿Vas a empezar de nuevo?

—Henry se resignó a marchar y cuando ellos dos quedaron solos el conde di Ruvo dijo humildemente:

—Venía para casarme, Isabelle... No pude dormir en toda la noche pensando en usted, mirando a la luna y cantando el "Torna a Sorrento" para olvidar...

Una sonrisa pugnaba por salir de los labios de ella pero los apretó.

—Siempre creí que no debía casarme... Yo he viajado toda la vida Barcelona... Madrid... Buenos Aires... ¡Es terrible, espantoso! No quería que mi esposa sufriera y mucho menos mis hijos, las torturas del viajar constante. Sí, sí... Porque yo pensaba que el día que me casara no podría dejarlos... Y yo he nacido para ser padre. Todos mis antepasados lo han sido.

—Los míos también— dijo ella interrumpiéndola.

—Figúrese como viajaríamos! Amas, institutrices, niñas... niños... niñas... Por eso no quería casarme... Por eso me resistí toda la vida. No quería matar a los míos con esta tortura del viajar constante. Pero esta noche pensé: ¿Por qué no han de viajar ellos? ¿No viajas tú...? Y vine a proponérselo.

—Eso... viajar conmigo, ir de un sitio para otro, cogidos del brazo, seguidas de un batallón de amas e institutrices...

Hubo una pausa en la que él esperaba ansioso una respuesta, pero a Isabelle se le habían soldado los labios.

—Ya sé que la he perdido para siempre. Cuando entré la vi abrazada con el otro. Veo que han hecho las paces, pero antes de perderla para siempre, quiero que sepa que la amo... que la amo infinitamente, como no volveré a amar... ¡Me lo merezco porque así pago mis calaveradas...! No haga esperar más a Henry. Pero si vuelve a oírme cantar, piense que es a usted a quien canto.

—¿Usted no me quiere!—dijo ella encaminándose hacia la puerta.

—¿Como que no? ¿No quería casarme?

Me lo ha dicho ahora, seguro de que yo no aceptaría. No la niegue—dijo ella amargamente—. Usted sabía que yo iba a decirle que no, porque me ha visto reconciliada con



Le enseñó al juez la carta recibida.

el novio y lo dice por compasión. ¡Así yo no le quiero!

—Te amo, Isabelle!—exclamó él abrazándola con vehemencia.

—Si me quisiera, no me habría dejado aquí sola... ¡Aboca lo dice cuando ya no hay remedio. Quiero a Henry. Usted vió como lo besaba. Esto quiere decir que voy a ser suya para siempre y que ya hemos terminado.

Y sin decir más, se marchó. El cantante ex-

tendió los brazos hacia ella como si quisiera atraerla de nuevo a su regazo, pero ella se fué como una ilusión que se desvanece...

El conde se llevó las manos a la cabeza como si quisiera disipar el dolor que en aquellos momentos le torturaba y se dejó caer en un sillón desalentado.

De pronto el juez empezó a llamarle por la ventana. Estaba el joven tan abstraído en sus negros pensamientos que no se dió cuenta de nada, en tanto que el pobre anciano se disgustaba. Por fin le oyó y fué lentamente hacia la ventana.

¿Qué pasa?

—Suba.

—Pero, ¿qué quiere?

—No pregunto. ¡Suba!

El cantante obedeció. Cuando llegó al piso superior, el juez ya estaba a la puerta aguardando, con el semblante grave.

—Vea lo que me encontré aquí llorando —dijo señalando un sillón que estaba de espaldas a la puerta.

El joven avanzó lentamente y vió primero una mata de pelo negro y brillante, unos blancos dedos que correspondían a unas finas manos que a su vez cubrían una linda cabecita y la cabecita gemía con desconcielo. Avanzó y de una ojeda vió al cabo a Isabelle, acurrucada en el sillón como una niña mal criada.

El conde di Ruvo se arrojó a sus pies y empezó a besarla con entusiasmo, al propio tiempo que soltaba un torrente de palabras en el italiano más puro.

—¡Oh! ¡Se ha vuelto loco! ¡Ya no sabe lo que se dice!

Quiero decir que te amo con locura y lo digo en italiano, mi lengua natal, porque así me expreso mejor. Dime, vida ¿me quieres?

—¿No ves que sí?—gimió ella rubriéndose el rostro con ambas manos.

El juez se los miraba con el semblante severo, agitando la cabeza.

—Eso es falta de seriedad moral—dijo.

—¡Déjase la seriedad moral ahora!—respondió él y dirigiéndose a Isabelle, añadió: —Pero quiero una docena de hijos!

—Será cuestión de avisar a Henry que no se espere porque... si le hacemos esperar mucho podrá enfadarse?—dijo ella.

El juez salió para cumplir el encargo y volvió corriendo porque como buen juez sabía a lo que conducían a veces aquellas explosiones amorosas...

FIN.



El

Teniente Seductor

y

El Desfile del Amor

Son las más grandes producciones de
Maurice Chevalier
Ambas han sido publicadas en



Ediciones BIBLIOTEC FILMS

104 páginas de texto e ilustraciones: **UNA** pla.

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS"

Apartado de Correos 707 - BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Cancionero Popular

32 Páginas de
texto: 30 céntimos
20 canciones cada cuaderno



CARLOS GARDEL
IMPERIO ARGENTINA
JEANETTE MAC DONALD
JOSE MOJICA
ROBERTO REY
BLANCA NEGRI-ALADY
ENRIQUETA SERRANO
FELISA GALE
CELIA GAMEZ
ORQUESTINA PLANAS
L. HARVEY - H. GARAT
MAURICE CHEVALIER
RAMPER
AZUCENA MAIZANI
MARIO VISCONTI
EL CANTE JONDO
DOLLY HAAS
LUPE RIVAS CACHO
MERCEDES SEROS
CUSTODIA ROMERO
EMILIO SAGI BARBA

PEDIDOS A

Editorial "ALAS"

Apartado 707

Barcelona